





100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100% del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

LOBO

UNAS MEMORIAS FALSAS

JIM HARRISON

TRADUCCIÓN DE
TERESA LANERO LADRÓN DE GUEVARA



errata naturae

Para Tom McGuane
y para Missy (1966-1971),
in memoriam.

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2023

TÍTULO ORIGINAL: *Wolf*:

A False Memoir

© The James T. Harrison Trust, 2018

Published by arrangement with Grove Press, an imprint of Grove Atlantic, Inc.,
New York, USA.

© de la traducción, Teresa Lanero Ladrón de Guevara, 2023

© Errata naturae editores, 2023

C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-19158-22-2

DEPÓSITO LEGAL: M-30531-2022

CÓDIGO IBIC: FA

IMAGEN DE CUBIERTA: © Selcha Uni, 2023

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Cuando te despertás, con los restos de un paraíso
entrevisto en sueños, y que ahora te cuelgan
como el pelo de un ahogado...

JULIO CORTÁZAR, *RAYUELA*

NOTA DEL AUTOR

Cuando la perra ladra o emite un gruñido de advertencia en plena noche, me pregunto si será un gato vagabundo, una mofeta, un asesino o un fantasma. La otra mañana se me pasó por la cabeza que la gente no habla de la muerte porque, hasta para los más simples, el tema carece de interés. Por supuesto, la cosa cambia cuando esta se aproxima al individuo en cuestión, pero, hasta entonces, la muerte es tan probable y real como un viaje a la Luna para una cebra. Tengo razones para meter en el mismo saco los funerales, las bodas y los amoríos: son accidentes fatales, acontecimientos que nos vienen dados con una estructura chapucera a la que añadimos o quitamos elementos. Incluso ahora, el hecho de arriesgarme a la ostentación, y tal vez de ganar su oprobio, es señal de que debería caer una nueva lluvia de fibra de algodón y azufre como la que

sufrieron los combatientes de la Guerra Civil para cubrir la condición humana con su habitual escudo de mugre. Un párrafo obtuso siempre es tóxico. Pero, para empezar con la historia, no hablaré de la muerte. Estas memorias se desarrollan, casi en su totalidad, entre los años 1956 y 1960, y están escritas desde la atalaya del presente. En definitiva, son unas memorias falsas que ni siquiera son cronológicas, cuyo autor es en sí mismo una antigualla a los treinta y tres años, un momento crítico de la vida en el que las almas literarias suelen volverse para echar la vista atrás. La mayor parte de los venenos, algunos autoimpuestos, ya están inoculados. ¿Cómo se calcula la cantidad de cicatrices mentales que lleva alguien? Estoy convencido de que inventarán un aparato para ello, pero por ahora nos toca conformarnos con la prosa; sin importar el número de aficionados que tengan, la naturaleza, el amor y el bourbon han demostrado ser unos remedios desastrosos contra el cáncer. Por lo demás, resulta que me llamo Swanson, un nombre ni muy real ni muy honorable. Digo que no es real porque se lo pusieron a mi abuelo, un sueco, al llegar a la isla Ellis: los oficiales de inmigración decidieron que había demasiados inmigrantes nórdicos con apellidos parecidos y que sería mucho más fácil que se inventaran uno nuevo o utilizaran el de algún antepasado. A cada alma recién llegada le concedían tres minutos de cortesía para pensarlo. Así surgió Swanson: el hijo o el nieto del cisne, *swan* en inglés. Como mi primer nombre es Carol, eludible por femenino, y el segundo es Severin, demasiado socarrón y extranjero, siempre insisto

en que, para mí y para cualquiera que se moleste en llamarme de algún modo, soy Swanson. Por otro lado, lo de que no es honorable lo he dicho porque nadie, en la historia breve y apenas conocida de mi familia, ha hecho nada reseñable: los nacimientos tuvieron lugar casi siempre en casa y las bodas, a menudo acompañadas del cuestionamiento de la legitimidad de una inminente criatura, fueron asuntos privados y rápidos. Uno de mis abuelos fue un granjero fracasado que consagró más de medio siglo de vida a veinticinco hectáreas casi áridas. Murió sin haber conseguido reunir el dinero para un tractor y le dejó a su familia un préstamo sin amortizar. Mi otro abuelo era leñador retirado, alborotador, granjero a ratos, patán y borracho. Una tía mía, muy dada a echarse flores, afirma que un pariente lejano se graduó en Yale a principios del siglo XIX, pero nadie la cree. Mi padre fue el primero de ambas ramas en obtener un título universitario; trabajó como perito agrónomo para el Estado durante la Gran Depresión y murió en un violento accidente. Se mire por donde se mire, un hombre infeliz. En deferencia a los fanáticos del culto a las estrellas, diré que nací bajo el signo de Sagitario en el invierno particularmente desapacible de 1937. Mi infancia fue grata y del todo corriente, y apenas volveré a incidir en ella.

En cualquier caso, aquí está el relato, la ficción, el romance. «La funesta agonía que me obligó a narrar mi historia ha combado mi estructura», dijo alguien hace mucho. Nunca he visto un lobo; los animales de los zoológicos, hurraños, furtivos, lúgubres, no cuentan; a la larga no son

más interesantes que una carpa muerta. Quizá nunca lo vea. Y no considero que este pequeño problema sea relevante para nadie, salvo para mí.

1

MONTAÑAS HURÓN

Te dirigías hacia el oeste desde Reed City, una pequeña capital de condado en un valle estéril, con un diminuto juzgado de ladrillo amarillo y un cañón ciego en el césped, junto a una losa de mármol con los nombres de los muertos de la Primera y la Segunda Guerra Mundial grabados en oro y los de los no muertos recogidos sin más —con la sospechosa nitidez de la caligrafía de los cementerios— en la inscripción A LOS QUE SIRVIERON. Más al oeste, ochenta kilómetros de pinar salpicado de pequeños asentamientos agrícolas, a menudo con menos de treinta habitantes, apenas un colmado con gasolinera al lado de un remolque de aluminio destartado o una casa baja con la primera planta y tal vez la segunda a la espera de tiempos mejores; las tiendas con pocas existencias pasadas de fecha: fiambre, salchichas encurtidas y ahumadas, latas de conservas